

## Notas urbanísticas (1)

### 1. *Tendencia a la concentración urbana*

Si fijamos nuestra atención en que todo intento de organizar colectividades humanas exige la organización simultánea de los elementos materiales que aquellas han menester para satisfacer sus necesidades y alcanzar sus fines, comprenderemos fácilmente por qué tan pronto como esas necesidades requirieron la estabilización completa de grupos de familias en sitios cuidadosamente elegidos para satisfacerlas, naciera la *Ciudad* (2), pequeña y semejante a una toldería primero, mejor ordenada después, y completada en seguida hasta adquirir sus elementos constitutivos primordiales.

Sin detenernos en la descripción de los característicos de estas aglomeraciones desde su origen hasta la época actual, consideremos un hecho de suma importancia, experimentalmente comprobado: desde que la Ciudad completó sus condiciones de sede adecuada para el ejercicio de múltiples actividades de la vida social, se ha marcado una cierta tendencia del hombre a concentrarse en ella. Por muchas y variadas causas, esa fuerza de atracción se ha ejercido con intensidad muy variable en las distintas épocas de la humanidad y se manifiesta continua y creciente en los últimos tiempos.

Contra esa tendencia interviene principalmente la necesidad que tienen aquellas aglomeraciones de que otros individuos produzcan, en sitios más o menos alejados, las mercaderías que los primeros necesitan para su propia existencia fisiológica y económica y que no pueden obtener dentro de los límites de las ciudades o en los terrenos circunvecinos; o bien, si se quiere expresarlo de otro modo, por la conveniencia que individuos foráneos encuentran en procurarse sus medios de vida mediante la producción de bienes necesarios, útiles o simplemente agradables para aquellos que trabajan dentro de los centros poblados, y mediante la adquisición a su turno, de los que éstos producen y ellos necesitan. El libre juego de estas dos clases de intereses, que actúa para satisfacer una necesidad bio-social, establece un verdadero estado de equilibrio entre las poblaciones concentradas y las diseminadas en el territorio nacional.

---

(1) Conferencia dada en el Primer Congreso Chileno de Ingeniería al recibir la Medalla de Oro del Instituto de Ingenieros de Chile.

(2) Empleamos la palabra *ciudad* en su sentido más general de una agrupación más o menos numerosa de familias; sin hacer distinciones basadas en títulos legales, cifras estadísticas o consideraciones técnicas de orden funcional.

Es indudable que la tendencia a la concentración tiene sus ventajas y sus inconvenientes en el desarrollo de la vida colectiva; pero sería profundamente erróneo tratar de aniquilarla con el ánimo de suprimir sus inconvenientes. Si tal cosa se lograra conseguir—lo que no parece tener ninguna probabilidad—esa tendencia sería reemplazada por otra, que descubriría, también, y a su turno, sus ventajas y sus inconvenientes para la colectividad, sin que sea fácil valorizar de antemano la importancia de estos últimos.

El peligro de las innovaciones que implican cambios en las costumbres sociales reside, principalmente, en el desconocimiento de los verdaderos efectos que el estado de cosas sustitutivo del existente tendrá sobre el bien colectivo; que es, por cierto, el punto de vista de todos los innovadores.

Son extremadamente complejos los fenómenos sociológicos y requieren en consecuencia estudios muy cuidadosos para auscultar su futuro.

En la práctica no es poco frecuente el que las previsiones fallen por el olvido, el menosprecio, o la subestimación de factores que llegan a ser predominantes en la nueva situación y que, no pocas veces, obscurecen las ventajas que se esperaban de ésta, o producen efectos desfavorables de mayor trascendencia en la vida social que aquellos que se deseó eliminar, o a lo menos reducir.

Después de una experiencia onerosa y a despecho de la inevitable defensa a posteriori con argumentos que atribuyen causas lógicas a la mutación ensayada, se produce el convencimiento de que ella no era la consecuencia de un razonado análisis de los hechos, sino la resultante de una apreciación superficial de aquellos. Adquirida esa convicción, la sociedad repudia el cambio y este sólo logra subsistir en su forma inicial, mientras actúa la fuerza que lo impulsó; pero tan pronto como puede, lo modifica si es posible de acuerdo con sus conveniencias, o lo abandona restituyendo las cosas a su estado anterior. La historia del mundo está llena de ejemplos de esta naturaleza, que, felizmente no se han producido en cuanto a reemplazar la ciudad con sus elementos fundamentales, por una distribución sustancialmente distintas de esos mismos elementos.

No es preciso efectuar el análisis del proceso evolutivo de los centros habitados para afirmar que en su constitución orgánica se han efectuado todos aquellos cambios básicos que han podido demostrar su utilidad para adaptarlos a las nuevas condiciones que sucesivamente han venido presentándose. En particular se han introducido o tentado introducir todos aquellos cambios de detalle que han tenido por objeto combatir la hiperconcentración, con el ánimo de evitar los efectos de aquellos venenos lentos que minan la salud física y la salud moral de los individuos aglomerados en habitaciones pequeñas, sobrepobladas, sin ventilación adecuada y carentes de los beneficios de la luz y de la acción directa de los rayos solares.

El proceso de adaptación y de mejoramiento a que me refiero continúa en su desarrollo, y constituye en la actualidad una de las más vivas preocupaciones del organismo social, si bien esta inquietud se encuentra momentáneamente supeditada por la que origina el estado de guerra a que el mundo se encuentra hoy sometido por la necesidad de defender el acervo de civilización acumulado, contra la imposición de fórmulas de vida atentatorias de la dignidad humana.

Pero en la lucha contra los peligros o los simples inconvenientes de la vida urbana, no se han puesto en práctica medidas coercitivas que tiendan a contrariar o a

impedir la tendencia del hombre a refugiarse en las ciudades, en donde espera disfrutar de los numerosos atractivos de orden intelectual, económico, o de simple comodidad que ellas ofrecen. Tampoco se han adoptado medidas eficaces para impedir la creación de nuevos gérmenes de ciudades, o restringir el desarrollo que necesitan las existentes para cumplir sus fines, en la medida que interesa al bien colectivo.

En la materia que ocupa nuestra atención, los esfuerzos se han limitado y orientado, con cierto éxito, hacia una distribución territorial de las habitaciones que permita a una fracción más o menos importante de la colectividad ejercer las tareas que le incumben aprovechando simultáneamente las ventajas del ambiente rural y las facilidades que ofrece la vida urbana, con sus enormes recursos intelectuales y materiales. Tal finalidad persiguen: la ciudad-jardín, los huertos obreros, y en cierto modo aquellas ciudades satélites que se han creado artificialmente para reducir la intensidad de la concentración en la ciudad principal.

En definitiva, pues, «es un hecho absolutamente cierto que en todos los países «civilizados hay un acrecentamiento marcado, regular, progresivo de la población «urbana» (1).

## 2. *La población de una ciudad no puede crecer indefinidamente*

En presencia de tal hecho surge la interrogación formulada por el arquitecto E. Henard, acerca de «si la población de una gran capital moderna puede crecer indefinidamente».

Es fácil dar una respuesta negativa a tal pregunta; pero salvo casos muy particulares, el determinar hasta qué límite ha de alcanzar ese acrecentamiento humano en cada ciudad, es un problema difícil de resolver, aun cuando aceptemos la más justa apreciación de las posibilidades que se consideren razonables en el momento del estudio.

Se ha sugerido asimilar el caso del crecimiento de una población a determinado fenómeno biológico (2) según el cual el número de seres vivos que se aglutinan en un espacio cerrado no excede de cierto límite, que depende de la extensión del sitio y de los recursos del medio. Se ha creído lógico deducir de esta asimilación que el número de habitantes de una ciudad debe tender a estabilizarse; es decir, que la tendencia de la curva de crecimiento a través de un largo número de años debe llegar a ser asintótica con respecto al eje de los tiempos. Esto que presenta una relativa confirmación experimental cuando se trata de la población de algún país—de territorio invariable—no ofrece iguales expectativas con relación a una ciudad, en que la extensión del sitio puede acrecentarse geográficamente y los recursos del medio enriquecerse con el aporte de nuevos establecimientos industriales, el desarrollo de las actividades administrativas, etc., etc.,...

Las ciudades suelen tener épocas en que la tasa anual de crecimiento es muy elevada; otras en que esa tasa baja muy apreciablemente y hasta llega a anularse.

Casos se presentan en que la población de una ciudad establecida bajo el influjo de una función dominante, tiende a estabilizarse porque aquella función tiene un

(1) *Macé et Imbeaux*. Hygiene des villes.

(2) Experiencias de laboratorio efectuadas por R. Pearle y L. J. Read, con moscas «*Drosophila*», les permitieron escribir la siguiente ley de variación:

margen limitado y otras funciones no vienen a agregarse a la primera. Por ejemplo, una ciudad agrícola se desarrolla bajo la influencia de sus relaciones comerciales con la población rural que cultiva los campos que quedan bajo su esfera de influencia. Cuando todos los terrenos aprovechables para la agricultura han entrado en explotación, el crecimiento de la población rural se torna muy lento y, como consecuencia, la aglomeración urbana tiende a estabilizarse.

Otras veces aquel fenómeno es el resultado de la limitación de la esfera de influencias de la ciudad por el hecho de prosperar con funciones semejantes otros centros mejor ubicados desde el punto de vista de la circulación de sus productos... Pero estos casos son menos frecuentes que aquellos en que las funciones se amplifican o en que se agregan otras que mantienen el ritmo de crecimiento aludido.

El desarrollo de nuevas industrias, el establecimiento de nuevos medios de transporte, el descubrimiento o la explotación de nuevos recursos naturales, el desarrollo económico de la zona de influencia, son acontecimientos que contribuyen a vigorizar la vida urbana en la respectiva ciudad.

$$p = \frac{b e^{ax}}{1 + c e^{ax}}$$

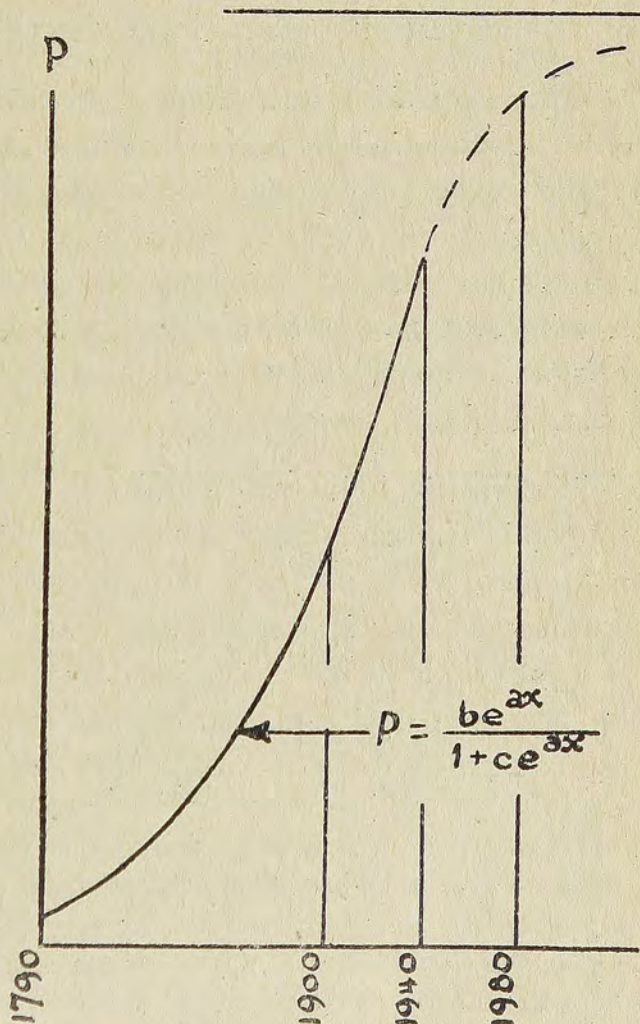
Aplicando esta fórmula al desarrollo de la población del territorio continental de Estados Unidos de N. A. sobre la base de 16 censos efectuados desde 1790 a 1940, he obtenido:  $b = 4016064$ ;  $a = 0.317$ , y  $c = 0.022$ . Con estas cifras deducimos que, salvo una modificación fundamental de los recursos del medio, la población de aquel país continuará creciendo cada vez más lentamente hacia el límite  $\frac{p}{c}$  cercano a los 183 millones de habitantes.

La extrapolación representada por línea de segmento en el diagrama de la figura, puede ser útil para estudios en que intervenga la población probable de los años próximos; pero sería aventurado admitirla como definitiva para un lapso demasiado extenso.

A título informativo agregaré que para los años venideros — 1945 a 1980 — esta curva no se aparta considerablemente de una de las 15 hipótesis (la 10ª) adoptadas por «The Scripps Foundation for Research in Population Problems». Así, aquella hipótesis augura una población de 164.640,000 hab. en 1980 y la curva promete 164.442,000 hab., esto es, una diferencia no mayor de 1,2 por mil.

La hipótesis 10A consiste en admitir una fertilidad media, baja mortalidad y un saldo migratorio de 100,000 personas por año.

### DESARROLLO DE LA POBLACION CONTINENTAL EN USA



Como quiera que numerosos problemas urbanísticos requieren el conocimiento de la población probable en el futuro, será indispensable recurrir a hipótesis de previsión, y nada más lógico que basarlas en las cifras estadísticas que acusan el desarrollo cuantitativo y cualitativo de la población en el curso de los años precedentes; pero siendo la ciudad un organismo sometido a influencias internas y externas mutables con el tiempo, la extrapolación no puede extenderse más allá de un número prudente de años que en la práctica fluctúa entre los 25 y 30, y que algunos autores aconsejan llevar hasta 50 años. Esa previsión es de la mayor importancia para los efectos de preparar el desarrollo geográfico de la ciudad. Es, así mismo, muy importante orientar este desarrollo en estricta armonía con las conveniencias de la colectividad, a cuyo efecto debe impedirse que la extensión en superficie sea estimulada o contraída por el solo juego de las conveniencias individuales.

### 3. *Expectativas futuras sobre mantenimiento de las ciudades*

Tratando del desarrollo probable de las poblaciones urbanas, tal vez sea oportuno recordar que a la época en que los esfuerzos dirigidos hacia el mejoramiento de la vialidad general adquirieron su mayor empuje, se profetizó que uno de los mejores efectos de los caminos perfeccionados sería el de retener en los campos a una parte de la población que, mediante la facilidad para trasladarse en cualquier momento a la ciudad, no tendría por qué abandonar las ventajas de la vida al aire libre. Los hechos han demostrado que los buenos caminos han contribuído, por el contrario, a intensificar la corriente emigratoria hacia los centros urbanos.

Con este antecedente, parece lógico desconfiar de las nuevas profecías:

«Cuando el aeroplano llegue a ser doméstico y la teleaudición y la televisión se hayan perfeccionado y difundido al extremo de permitir a quien vive en el campo todas las ventajas de la ciudad y todas las posibilidades de relaciones de cultura, de negocios y de recreo; cuando el pavoroso desarrollo de los medios guerreros haya demostrado el peligro mortal de la concentración de los habitantes, todo obstáculo será vencido y la población se esparcerá en un territorio vastísimo, como moléculas de un gas comprimido en un estrecho espacio cuando el vaso se abre o se rompe».

Así, literalmente, lo ha escrito Gustavo Giovanninni anticipándose a los acontecimientos con la fantasía. (Según sus propias palabras) (1).

Por lo que a mí respecta, declaro mi falta de fe en que este acontecimiento se producirá: jamás podré admitir que llegará un instante en que el mundo civilizado se resuelva a prescindir de los placeres del espíritu por miedo a la muerte. Me parece razonable aceptar por el contrario, que no siendo suficientes todos aquellos perfeccionamientos técnicos de la intercomunicación para sustituir las ventajas del trato

(1) No es este, por lo demás, el único autor que haya preconizado la dispersión. Franck Lloyd Wright en su obra «The Disappearing of the City»—New York 1939— señala como posible un tipo de organización urbana en el cual sería la agricultura la ocupación fundamental, y en el cual la distribución de la tierra asignaría un área mínima de un acre (4057 m<sup>2</sup>) por familia. Esto representa una densidad de 10 hab. por Há.) contrariamente a la fórmula de Le Corbusier que en su «Ville Radieuse» preconiza un sistema de edificación sobre parques que cubre solo 12% del área con una población de 1000 hab./Há.

frecuente con los hombres de más elevada cultura, ni para compensar los demás beneficios espirituales que se obtienen en la vida urbana, ni los de orden económico que resultan de la concentración de los negocios, la población reconstruirá sus ciudades después de cada catástrofe guerrera. Podrá introducir en su estructura aquellas modificaciones que estime adecuadas para reducir los peligros de la destrucción, pero continuará confiada en que los medios de defensa no quedarán retrasados en relación con los medios de ataque.

Una prueba concluyente la encontramos en la actitud de la Europa después de la guerra de 1914 a 1918: el aporte más importante a la legislación y reglamentación urbanística, se produjo con motivo de la reconstrucción de las ciudades destruidas en acciones militares.

Esta conducta no importa, por lo demás, un cambio de actitud de la humanidad.

Entre los muchos ejemplos que así lo atestiguan mencionaremos el caso de la aglomeración de El Pireo, puerto de Atenas. Destruída esta ciudad, el curso de las guerras médicas, fué reconstruída por Hipodamo, quien concibió y realizó por primera vez en Grecia una ciudad con sus calles en damero, en el siglo V antes de Jesucristo.

Ahora veamos lo que escribió Aristóteles, algo más de medio siglo más tarde, describiendo el concepto de la ciudad griega en esa época:

«Cuanto a la disposición de las habitaciones particulares, parece más agradable y generalmente más cómodo si ellas están bien alineadas, a la moderna y según el sistema de Hipodamo. El antiguo método—agrega—tenía por el contrario la ventaja de ser más seguro en caso de guerra; los extranjeros una vez entrados en la ciudad, podían salir muy difícilmente y la entrada no les había costado menos sacrificios. Es necesario combinar los dos sistemas, y se haría bien en imitar lo que nuestros cultivadores llaman quincunce en el cultivo de la vid».

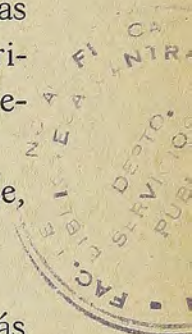
Agregaré que el puerto del Pireo fué destruído y reconstruído en acciones guerreras posteriores y que su disposición orgánica conserva hoy el trazado fundamental en tablero de damas que le dió el arq. Hipodamo hace cerca de 25 siglos.

La historia ha de repetirse nuevamente. No es dudoso, además, que el buen sentido aconsejará alguna prudencia en las inversiones inspiradas en el temor a la destrucción por causas guerreras. Me parece reñido con el espíritu de la época el suponer que la sociedad quisiera olvidar que los recursos empleados en exceso quedan improductivos, en tanto que si ellos se ocuparan en otras actividades, serían capaces de producir riquezas y acumular reservas mayores que las indispensables para reparar la destrucción ocasionada por el próximo acontecimiento guerrero.

Tal como debimos pensar nosotros al dictar nuestra Ley General de Construcciones y Urbanización.

¿Estamos seguros de que las drásticas medidas adoptadas para evitar la destrucción por causa de los temblores no excede ese prudente límite económico?

¿No estaremos consumiendo, por tal causa, en nuestras habitaciones familiares recursos que aplicados a funciones activas podrían permitirnos una acumulación de reservas mayor que el capital que haya de necesitarse, para sustituir al que se



perda por causa del próximo terremoto, incierto en el tiempo y en sus efectos?...

Puede ser que una serena meditación nos condujera a suavizar aquellas exigencias, con ventajas ciertas para la economía nacional.

Tampoco merece inquietarnos el pronóstico del decaimiento futuro de las ciudades por la acción combinada de causas demográficas con la propia tendencia de la población a emigrar a aquellas.

Haciendo referencia a que la natalidad es menor en las ciudades que en los campos, se ha dicho:

«Si el número de los habitantes aumenta en aquellas por el aporte de las poblaciones rurales, llegará un momento en que el campo no dará origen a una actividad económica suficiente de la ciudad, y ésta entrará en retroceso, primero financiero y en seguida demográfico».

Para apreciar el valor de esta advertencia, es útil recordar, ante todo, que la población rural de hecho que registran las cifras estadísticas se compone de familias formadas por trabajadores agrícolas que viven en los mismos fundos o en caseríos o villorios cercanos; por obreros de las industrias, principalmente de las extractivas; por residentes en las estaciones de ferrocarriles, trenes y vapores en marcha el día del censo, en aeródromos, cuarteles de fuerzas armadas y de policía, en puertos de supervigilancia costera y fronteriza, en caseríos de pescadores, etc., etc.

A mi entender, la circunstancia de que la natalidad sea inferior en las poblaciones urbanas que en las rurales, fenómeno demográfico que es muy generalmente cierto, no juega un rol preponderante en la cuestión. En efecto, cualquiera que sea el sitio que produzca el saldo vegetativo que contribuye al aumento de la población del país, el equilibrio entre la masa de la población urbana y rural será determinado por factores de otra naturaleza, como lo son las necesidades recíprocas que determinan el ejercicio de las diversas actividades y los sitios en que éstas se desarrollan.

Las estadísticas chilenas dan los coeficientes demográficos relativos a las aglomeraciones con más de 20,000 habitantes y el resto del país, en tanto por mil de la población de cada grupo. La comparación puede hacerse estudiando las cifras siguientes:

#### COEFICIENTES DEMOGRÁFICOS

CHILE.

CUADRO N.º 1.

Ciudades mayores de 20,000 hab.				Resto del país		
Nac.	Def.	Saldos	Años	Nac.	Def.	Saldos
34.9	25.8	9.1	1932	33.8	21.0	12.8
32.9	30.0	2.9	1933	33.7	24.9	8.8
30.9	28.5	2.4	1934	35.5	25.8	9.7
30.5	25.3	5.2	1935	36.3	25.0	11.3
31.4	27.1	4.3	1936	36.6	24.2	12.4
29.9	24.9	5.0	1937	35.8	23.5	12.3
30.1	25.4	4.7	1938	35.2	24.2	11.0
30.3	26.1	4.2	1939	38.7	26.4	12.3
30.0	22.7	7.3	1940	38.9	23.0	15.9
33.5	23.1	10.4	1941	31.9	17.9	14.0

Para apreciar debidamente las cifras del cuadro anterior debemos advertir que las columnas de la izquierda sólo cubren la población urbana concentrada en ciudades mayores de 20,000 habitantes, que representan unos 2/3 de la población urbana total. El otro tercio que habita en las ciudades menores en que las condiciones se aproximan más a las de la vida rural, queda incluido en la población que da origen a las cifras del sector derecho del cuadro.

Recordemos, después de hecha la advertencia precedente, que la mayor natalidad en los campos se atribuye a la influencia fisiológica de la vida al aire libre, y a que las condiciones económicas de la vida en la ciudad, así como las pequeñas casas de habitación, no favorecen la formación de familias numerosas, etc.

De otro lado, los fallecimientos son, por el contrario, mayores en las ciudades que en los campos, porque en las primeras se propagan más fácilmente las enfermedades, porque son mayores los accidentes del trabajo, del tránsito o de otras naturalidades, y, finalmente, porque a las ciudades concurren los enfermos que requieren hospitalización o auxilios médicos extremos, y porque en ellas completan su vida gran parte de los retirados del trabajo industrial, comercial, administrativo, profesional...

#### 4. *Desplazamientos de la población*

Hemos dicho anteriormente que entre la población urbana y la rural vinculada a los intereses de la primera, se establece un verdadero equilibrio regulado muy principalmente por factores económicos. Causas accidentales y transitorias capaces de modificar ese equilibrio momentáneo son las que provienen de cambios, a veces estacionales, en las condiciones bajo las cuales se efectúa la producción: las variaciones de los jornales en una región con respecto a otra, el establecimiento, la terminación, o la simple restricción de faenas locales, son algunos ejemplos de esta categoría. Salvo casos muy excepcionales, estas causas provocan desplazamientos de masas obreras en uno y otro sentido, que afectan poco la estabilidad general de la distribución.

Otras causas de efectos más profundos que intervienen para romper el equilibrio y restablecerlo bajo nuevas condiciones pueden resumirse así:

A) Los cataclismos, como incendios, terremotos, inundaciones, suelen destruir ciudades o barrios más o menos importantes. El desplazamiento de población que tales causas originan, persiste en mayor o menor escala según el accmco posterior de la ciudad afectada y de las nuevas relaciones de interdependencia que se establecen entre ella y la región en que sus actividades ejercen influencia.

B) Efectos semejantes provocan las destrucciones y reconstrucciones de ciudades o parte de ellas, producidas por acciones guerreras.

C) Los cambios en la organización del país, que ocasionan cambios geográficos de oficinas, del orden judicial o administrativo, etc., así como también los cambios en la organización de negocios importantes, que producen análogos traslados de oficinas, agencias comerciales, etc., de una localidad a otra.

D) Finalmente, debemos considerar entre las causas externas a que antes hemos aludido, aquellas que importan una alteración de los factores determinantes de la existencia de las ciudades. Ha sido ya explicada la influencia de esos factores en el



crecimiento de la población aglomerada. Nos referiremos ahora a aquellos que actúan en sentido opuesto.

Algunos ejemplos al alcance de nuestra propia observación demuestran palmariaamente que el proceso de regresión y hasta de extinción de ciudades, se produce por debilitamiento de la función propia de ésta.

Casos de mucho relieve se han presentado cerca de nosotros: Tacna como ciudad terminal del ferrocarril de Arica a Tacna, inaugurado en 1855, ejerció una función importante en el comercio de Bolivia con ultramar, hasta que la construcción de los FF. CC. que comunican la ciudad de La Paz con los puertos de Mollendo, de Antofagasta y posteriormente con el de Arica, anuló totalmente aquella ruta comercial. El decaimiento demográfico de la ciudad fué la inevitable consecuencia.

Cobija, uno de los antiguos puertos del Pacífico por el cual Bolivia efectuó el comercio marítimo de la región de Potosí a Sucre, empezó a debilitarse junto con adquirir importancia los puertos de Antofagasta y Tocopilla, hasta decaer completamente una vez que Oruro quedó unido por FF. CC. con Antofagasta.

Así como este puerto pueden recordarse otras aldeas, pueblos y ciudades de la zona norte de Chile, virtualmente desaparecidos y otros extraordinariamente debilitados a consecuencia de la extinción de industrias extractivas vecinas que eran la fuente de su existencia, o a causa del cambio de corrientes comerciales que las vivificaban.

Para sintetizar la cuestión en estudio recurriremos a las palabras con que el urbanista Danger expresó su pensamiento sobre la materia:

«Para ampliar o para crear una ciudad, es necesario y suficiente que una función aparezca, nacida de la producción del suelo o del genio inventivo de los habitantes; y sería un error creer que se puede establecer una ciudad y después atribuirle una función».

Por mi parte, y como consecuencia de lo que antes he dicho, agregaré que, recíprocamente, una ciudad decae cuando su propia función se debilita o desaparece.

##### 5. *Crecimiento más rápido en las ciudades mayores*

Hemos establecido que la distribución de los habitantes de un país en aglomeraciones urbanas y centros dispersos trae su origen de las propias necesidades del organismo social.

En relación con las primeras hace falta añadir que la diversa importancia de las funciones de cada una dentro de su respectiva zona de influencia, así como de las relaciones que establece con otros centros beneficiarios de sus actividades específicas, conducen a ciudades de distinta magnitud.

Cuanto a su distribución a lo largo del país, podemos decir que es el resultado de múltiples factores entre los cuales juegan un rol importante los caracteres orográficos e hidrográficos del territorio, los recursos naturales de las distintas zonas, su climatología, etc.

Magnitud de ciudades y su distribución no escapan, por lo demás, a la influencia de la geografía política y administrativa del país.

No son escasos los comentariastas que han expresado su disgusto por el hecho de que una importante cuota de la población se concentre en la capital del Estado. Ellos querrían encontrar el remedio a muchos males de la sociedad en una distribución menos centralizada de los habitantes; pero sin cuidarse de investigar, primero, si existe una relación de causa a efecto entre esos males y aquella concentración.

La circunstancia de que la ciudad capital crezca más rápidamente que las demás aglomeraciones de un país no es un hecho casual.

Si recordamos que la producción material es uno de los fines primordiales de la actividad social, nos explicaremos fácilmente por qué razón aquellos pueblos que han adquirido ya un mediano desarrollo pueden atraer más fácilmente las nuevas industrias manufactureras; y nos explicaremos también por qué las causas que concurren a tal atracción, se ejercen con intensidad creciente.

Sin pretender enumerarlas por orden de importancia, he aquí algunas de esas causas:

La primera es que las industrias requieren, por lo general, disponer de varias materias primas, así como de productos de otras industrias que le son indispensables para su marcha regular. De aquí resulta que la ubicación preferida para una industria compleja no es aquella en donde puede encontrar uno solo de los materiales que utiliza, sino que un sitio en el cual se encuentren la mayor parte de los elementos necesarios, o que ofrezca facilidades para hacerlos converger allí.

La segunda es que los capitales y los individuos son elementos tan indispensables para la producción, como los materiales que consume, o transforma. En consecuencia, no sin razón procura la industria instalarse en los mejores mercados financieros, y en los sitios en donde pueda contar con disponibilidades en materia de obreros, de técnicos, de operarios especializados, etc.

La tercera es que la producción necesita de los elementos de la circulación para asegurar el consumo de sus mercaderías. Es por esta causa que la industria busca los lugares más favorecidos por las vías de comunicación. Procura, así mismo, encontrar en su propia sede un mercado de consumo tan abundante como sea posible.

Así, pues, mercado financiero inmediato, comercio de compra venta próximo y alimentado con buenas corrientes de tráfico, disponibilidad de personal técnico, de obreros, de operarios especializados, gran masa de población que absorba una fracción importante de las mercaderías producidas, vías de transporte adecuadas para asegurar el abastecimiento de materiales y la circulación de los productos... son condiciones que los empresarios exigen al sitio en donde ubicar sus industrias. Estas condiciones así como otras relacionadas con las disponibilidades de fuerza motriz y con la seguridad de las personas y de los bienes, etc., etc., se cumplen más fácilmente en la ciudad que en otros lugares, y en tanto mayor escala cuanto más desarrollada sea aquella.

El razonamiento anterior no debe llevarnos hasta creer que toda clase de industrias podría buscar alojamiento en los centros urbanos. No: muchas de ellas deben quedar localizadas en los sitios de extracción de las materias que explotan; otras necesitan instalarse en las márgenes de una corriente de agua; otras, principalmente las industrias pesadas y las que producen emanaciones incómodas o insalubres se alejan, (o se las aleja) de las ciudades y se ubican en sitios rurales, aunque no lejanos,

con el designo de aprovechar en cuanto les es posible las condiciones favorables de aquellas.

Pero queda un gran número de industrias fabriles que pueden subsistir en el interior de las ciudades, así como también otras que encuentran en la periferia o en los suburbios una ubicación conveniente a los intereses de la colectividad. Una política de rechazo de estas industrias hacia sitios menos favorables, no tendría justificación económica.

En lo que precede nos hemos referido exclusivamente a factores materiales que producen y estimulan la atracción que ejercen las grandes ciudades, y que explican por qué las estadísticas demuestran que ellas crecen proporcionalmente con mayor intensidad que las menores. Pero no debemos olvidar que existen también razones de otro orden que contribuyen muy fuertemente a fortalecer aquella tendencia.

Entre éstas mencionaremos el deseo de las familias de proporcionar a sus hijos las mejores oportunidades para su formación intelectual y la adquisición de conocimientos técnicos y morales que los capaciten para afrontar con buen éxito la lucha por la vida. Esta aspiración las mueve a trasladarse a las grandes ciudades tan pronto como se lo permiten las reservas acumuladas o la organización productiva estable impresa a sus negocios. Saben que las principales aglomeraciones de un país son las que mantienen los mejores establecimientos educacionales de toda naturaleza y categoría, y casi exclusivamente las Universidades con todos los medios que ellas ofrecen a la juventud para la educación de sus facultades intelectuales.

Es noble y conveniente al interés colectivo ese anhelo de perfeccionamiento.

Por otra parte, es encomiable el deseo de que alguno de los hijos ejerza el mismo género de actividad a que el jefe de familia dedicó su vida. Muchas industrias deben a esta circunstancia gran parte de su marcha progresiva, de su eficiencia, de su rendimiento. Pero incurriríamos en grave error si pretendiéramos que todos los hijos de agricultores fuesen agricultores: bien pronto careceríamos de tierras para todos ellos. Hay lógica, pues, en la actitud de los jefes de familia que se esfuerzan por dar a sus hijos la oportunidad de instruirse y educarse tan ampliamente como lo permitan sus recursos, aún cuando para conseguirlo tengan que abandonar su residencia y trasladarse a los centros universitarios. Y puesto que de este modo se acrece el grupo de individuos que produce los sujetos de selección, hay tal conveniencia para la colectividad en que exista esa actitud familiar que nos parece que corresponde al Estado intervenir para favorecerla. Lo menos que podría pedírsele sería la ayuda pecuniaria para que algunos niños seleccionados entre los que demuestren aptitudes para llegar a ser sujetos de elite continúen en la educación secundaria, y para que puedan pasar a las Universidades, los que demuestren semejantes aptitudes en la educación secundaria.

Finalmente, mencionaremos otra razón de importancia numérica no despreciable: es el deseo de los individuos que abandonan la vida activa de los negocios, de buscar en las grandes ciudades la comodidad y el agrado que ellas ofrecen en mayor escala que las inferiores; ya sea para emprender actividades menos inquietantes, ya sea para descansar y reponerse del desgaste que le produjeron las que antes lo preocuparon con buenos resultados económicos.

(Continuará).